

Nueva energía: los Verdes alemanes en el Gobierno federal (1998-2002)*

Dr. Burkhard Pohl y Ute Koczy**

NUEVA ENERGÍA: LOS VERDES ALEMANES EN EL GOBIERNO FEDERAL (1998-2002)

El balance de los primeros cuatro años de la Política Verde como parte del Gobierno alemán ofrece un complejo panorama, cuya evaluación ha sido tema de controversia. De ahí que el balance que sigue no pretenda ser exhaustivo ni una versión consensuada dentro del mismo Partido; enfocará algunos aspectos claves de la actuación verde en la Administración Schröder y, en mayor medida, los logros en materia ecológica.

UNA CARRERA AGITADA

Tras graves discusiones internas sobre la participación en el Gobierno, tras una trayectoria de compromisos aplaudidos y



denostados desde fuera y desde dentro del Partido, tras sucesivas pérdidas de votos y pese a los sondeos devastadores que auguraron una dura lucha para volver al Parlamento, las elecciones de 2002 dieron a los Verdes el mayor porcentaje de votos (8,6) jamás conseguido en unas elecciones federales desde que ingresaron en el Bundestag en 1983.

Los análisis electorales coincidieron en que diversos motivos contribuyeron a tal éxito: primero, la extraordinaria popularidad de Fischer entre los votantes alemanes, a la cual se añade el reconocimiento alcanzado por los otros ministros verdes: Renate Künast, Ministra de Protección de los Consumidores, y Jürgen Trittin, Ministro de Medio Ambiente. En comparación con un Partido Socialdemócrata sacudido por escándalos de corrupción y lastrado por el escaso prestigio de algunos de sus representantes, los Verdes lograron reunir a una capa considerable de votantes, en su mayoría de procedencia urbana y de

* Traducción con ayuda de Patricio Pron, Göttingen.

** Dr. Burkhard Pohl, Universidad de Göttingen y Ute Koczy, diputada verde, Parlamento de Renania del Norte-Westfalia.

entre 35 y 50 años, muchos de ellos, mujeres. Dejando aparte la decisión estratégica de evitar la llegada de un Canciller conservador y, para peor, bávaro (Edmund Stoiber), la actuación de los Verdes en el poder terminó por convencer a sus militantes y a sus (nuevos) simpatizantes.

Bien entendido, hubo controversias internas que hicieron peligrar el futuro de los Verdes como fuerza política influyente en Alemania. Primero, la participación en la guerra contra la Federación Yugoslava y, en consecuencia, el abandono de un principio de no-participación militar arraigado en Alemania Federal desde 1945, lo que causó revuelos entre los militantes del Partido. Mientras que la decisión sobre Kosovo significó el fin de la era «pacifista» de los Verdes —etiqueta siempre algo dudosa—, tal posición fue reafirmada con el consentimiento dado a la participación alemana en la Guerra contra los Talibanes. Hay que destacar, por otra parte, que la coalición implementó, a través del Ministerio Fischer, un ambicioso programa de formación de expertos cuya tarea es negociar y solucionar conflictos pacíficamente en zonas críticas (*zivile Konfliktbearbeitung*). Recientemente, en vistas a la política *law-and-order* de la administración Bush, la coalición rojiverde se ha negado a cualquier participación activa en una guerra contra Iraq, lo que ha provocado un enfriamiento considerable en las relaciones entre Alemania y los EE UU.

En segundo lugar, el compromiso sobre el fin de la era nuclear en Alemania, por innovador y rompedor que pareciera en el ámbito internacional, terminó decepcionando a muchos activistas antinucleares y, por ello, a gran parte de la base del Partido. Era como si, al acordar con el sector empresarial unas cantidades máximas de producción muy elevadas y, de esta manera, unas fechas de cierre todavía lejanas, el Estado hubiera dado una garantía de operatividad a la industria nuclear más allá de sus propios cálculos empresariales. Además, es de temer que el vertedero provisional de Gorleben en Baja Sajonia, símbolo de la resistencia antinuclear en Alemania, siga llenándose de contenedores nucleares, sin que se encuentre el lugar adecuado para un vertedero final. Sin embargo, no cabe duda de que la decisión de abandonar la producción nuclear en Alemania ha abierto grandes posibilidades en la lucha por las energías alternativas a nivel mundial. Con la prolongación del mandato rojiverde por otros cuatro años, el fin de la era nuclear en Ale-

mania parece irrevocable; antes del año 2005 tendrán que cerrar las primeras plantas nucleares de Stade y Obrigheim, y futuras inversiones en nuevas plantas nucleares ya no podrán ser rentables económicamente para la industria nuclear, dado el vigente problema de eliminación de los residuos nucleares.

Por otro lado, hay que destacar los indudables progresos en el ámbito de los derechos civiles que se debieron casi exclusivamente al compromiso de los representantes verdes. Más derechos para los homosexuales (la posibilidad de formalización de las parejas de hecho, por ejemplo), la primera ley de inmigración en Alemania —menos avanzada de lo previsto debido al bloqueo de la cámara baja federal, dominada por demócratacristianos y liberales, y a la vergonzosa campaña xenófoba de la oposición—, los inicios de una reforma agraria en sentido ecológico, etcétera.

EL BALANCE ECOLÓGICO: UN NUEVO VIENTO

Tal vez el mayor éxito de la política verde fue la insistencia con la cual se persiguió un «cambio energético» (*Energiewende*), es decir, la orientación hacia las energías alternativas y renovables. Mediante un sistema efectivo de subvenciones —no comparables, por cierto, con las antiguas subvenciones ofrecidas a la energía derivada del carbón y a la energía nuclear—, combinado con una buena campaña de publicidad, se logró cuadruplicar el porcentaje de energía renovable usada en Alemania (del 2% en 1998 al 8% a finales de 2002). La energía eólica desempeña un papel clave con un porcentaje del 3,5% del total —lo que conllevó, por otra parte, polémicas en ciertas regiones donde la población se resistía a la «invasión» de rotores por sus supuestos o reales perjuicios—. El país produce ahora casi la mitad de la energía eólica de la Unión Europea. Otro programa puesto en marcha es el fomento de la producción conjunta de calor y energía. Además, en cuanto a la energía solar, el programa de los «cien mil techos» ayudó al fortalecimiento de este sector industrial, que se había debilitado durante los últimos años del gobierno de Kohl. En concordancia con el lema de desarrollo sostenible, tales avances supieron combinar intereses ecológicos con los intereses económicos, tanto de los inversores como de los consumidores.

En todo caso, es cierto que, más que inducir a la reducción del consumo, se ha avanzado en un uso más razonable de la energía. Con los innegables avances logrados desde los años ochenta, la política ambiental hoy en día a veces consiste en la defensa del *status quo* legal ya alcanzado. Un ejemplo clave es la implementación del sistema de depósito obligatorio para latas de cerveza y agua mineral, medida con la cual se intenta frenar el creciente uso de envases no retornables en esta área, y que finalmente entrará en vigor en 2003, pese a la resistencia de las grandes superficies comerciales.

Uno de los proyectos claves de la política verde es la «ecotasa». Pensada como herramienta para encarecer el despilfarro de la energía y, a la vez, rebajar los costos adicionales del sueldo, en la práctica, la mayor parte de los ingresos de la ecotasa se destinaron a los desde hace tiempo vacíos fondos de pensiones del Estado. Aun así, se ha conseguido hacer más caro el uso de la energía con un aumento anual que, en el caso del precio de la gasolina, alcanza los tres ct por litro. Pese a las duras críticas de la prensa amarilla y de la oposición —que incluso había promocionado su propia ecotasa durante el Gobierno Kohl—, la ecotasa continuará imponiéndose también durante los próximos cuatro años. Afortunadamente, se han reducido las excepciones del impuesto para ciertas industrias productivas que se habían visto beneficiadas durante el primer mandato rojiverde.

Otro ámbito de protagonismo verde es la política agraria. Con el escándalo BSE, el último en una larga fila de escándalos en la industria agraria, se tambaleó una de los más férreos bastiones de la política alemana: tuvo que dimitir el Ministro de Agricultura, y el nombre del organismo dejó lugar al de «Ministerio de Protección de los Consumidores, Alimentación y Agricultura», denominación que indica las nuevas prioridades en la política agraria. Renate Kuenast, la primera ministra no procedente del ámbito agrícola, tuvo que hacer frente a un turbio conjunto de intereses arraigados para inaugurar el ambicioso proyecto de «cambio agrario» (*Agrarwende*): entre otros aspectos, extender en diez años el empleo de la agricultura ecológica a un 20% del terreno cultivado en Alemania, partiendo de un 3,7% en agosto de 2002. Un proyecto muy ambicioso que cuenta con las simpatías de la población y con la ayuda involuntaria de la misma industria alimentaria, que sigue produciendo escándalos con regularidad. Por cierto, el pen-

samiento ecológico ha bajado mucho en importancia pública, especialmente entre la generación joven, que ve amenazado su nivel y sus costumbres de vida. Sin embargo, sigue persistiendo una conciencia ecológica entre la población alemana que se reactiva de vez en cuando. En 2002, las inundaciones en el este de Alemania demostraron la interrelación entre la protección ambiental y las condiciones de vida de la población. En este sentido, la catarsis colectiva generada por las imágenes de pueblos enteros hundidos en las aguas del río Elbe ojalá promueva un cambio de mentalidad, tan necesario en Alemania como en una España afectada estos días por el mayor desastre petrolero de su historia.

LA SEGUNDA OPORTUNIDAD

Contra todos los pronósticos, la coalición rojiverde tendrá su segunda oportunidad después de las elecciones de septiembre de 2002. Entre los acuerdos positivos adoptados por los partidos de la coalición se cuenta la continuación de los programas de recursos renovables, que prevé una duplicación del uso de energía alternativa hasta el año 2010, la inclusión de aspectos ecológicos en la tributación de medios de transporte, o el proyecto de una nueva ley de protección a los consumidores, que será acompañada por iniciativas a nivel de la UE en favor de una política agraria sustentable y de la limitación del uso de organismos genéticamente modificados en los cultivos. Sin embargo, el nuevo gobierno ha tenido un comienzo muy difícil. Salió a la luz un abismal déficit presupuestario para el cual todavía se están buscando soluciones convincentes. Afectada por un bombardeo mediático nefasto, la opinión pública alemana a finales de noviembre tendía hacia la decepción y el catastrofismo. Habrá que ver hasta qué punto la ambiciosa política de reorientación ambiental pueda realizarse en un contexto de signo ahorrista [en un contexto de restricción del gasto] y de ardua cooperación con un Partido Socialdemócrata anclado en la industria tradicional. De todas formas, según los sondeos recientes, los Verdes aún gozan de la confianza de sus votantes. Lo que debería ser un estímulo para perseverar en una política de reforma ecológica y energética con (tra) viento y marea en los próximos cuatro años.